

José Manuel Schmill

Belleza y monstruosidad

Verónica González Laporte

Sólo el encanto del horror embriaga a los insaciables.
CHARLES BAUDELAIRE

Las lluvias se adelantaron este año. Para llegar a la colonia Escandón a la hora del té, he sorteado charcos viscosos y manantiales negros que brotan de las coladeras del Viaducto, y taxistas acelerados que se empeñan en pasar por encima de ellos con el único fin de someterme a una ducha. Él me espera desde hace un rato, no soporta la impuntualidad. Baja a abrirme y subimos los cuatro pisos de su edificio sin ningún esfuerzo. Hace un año tuvo un infarto y el médico le recomendó ejercicio, a mi juicio con este basta. En cuanto cruzo la puerta reconozco el aroma penetrante de los solventes y de la pintura de aceite. Un cráneo me mira con insistencia. Sus ojos inyectados de sangre, globulosos pero vivos, parecen saltar del papel tapiz de la pared. Un ligero escalofrío me serpentea por las vértebras. Es un cuadro pequeño, comparado con el que yace en el piso, recargado contra otros veinte, un óleo de colores vivos donde tres seres deformes caminan juntos como para asistir a una ceremonia. Por las pústulas que les crecen en los rostros y las piernas disparejas forradas de una carne hecha jirones, podría ser a un funeral. Aunque festivos como parecen me gustaría más pensar en una boda. Una araña sonriente me muestra todos sus dientes. Peluda, socarrona, no consigue amedrentarme. La calavera ricamente ataviada de un obispo codicioso cuenta sus monedas y me desafía con el empaste de su mirada cáustica. Dorian Gray al fin envejeció, y desde la repulsión de los años que se le vinieron encima se desgaja diente a diente; se le cae un párpado, un mechón de pelo... Retratos de Cristos sanguinolentos, coronados de espinas, adoloridos por los azotes. Rostros de jóvenes etéreas cuya belleza fue encerrada para siempre en lienzos de 50 por

70. Desnudos de mujeres hermosas en la plenitud de su carne expuesta sin falso pudor, sobre claroscuros. Paisajes de varias dimensiones, donde reinan las casas abandonadas y los volcanes majestuosos del Valle de México, bajo cielos de tormenta. Cuando los miro, escucho el viento soplar entre las hojas de los árboles, la madera crujir, la ropa que alguien olvidó en el tendedero improvisado. Croquis, bosquejos arrancados de un cuaderno, servilletas de tela, placas de conglomerado. Acuarela, óleo, sanguina, lápiz, carboncillo... Pintor de todas las técnicas es José Manuel Schmill. Dueño de un trazo fino y delicado, digno de la precisión renacentista. Pintor incomprendido, por sí mismo, por el resto del mundo. Amante de los músicos rusos Shostakóvich, Prokófiev, Jachaturian, del finlandés Sibelius, y sobre todo de Reinhold Glière, cuya tercera sinfonía, *Iliá Múromets*, prefiere por encima de todo. Lector asiduo de Schopenhauer, "porque es realista, no pesimista", de Nietzsche, cuya hermana lo exhibía como un fenómeno de circo cuando enloqueció. Nietzsche, sifilítico e idiota, "por meterse con una prostituta, a pesar de la advertencia de Rilke". Cadencia de la decadencia. Furia ante la naturaleza que todo lo destruye y avejenta. Antes Schmill solía compartir sus sinfonías preferidas con su hermano, los sábados; ahora siempre les duele algo. Antes solía conducir hasta el pie de los volcanes para instalar su caballete y pintar; ahora no se puede porque asaltan en los caminos, porque crecieron casas por todos lados. José Manuel jura que se le ha acabado la vida. Sin embargo, en su casa, en sus muros, sobra vida. Jura que no siente emociones, salvo cuando se encuentra frente a una obra. "El arte te subyuga de tal manera que caes en sus garras. Yo no siento tristeza, soledad, todas esas tonterías que siente la gente. No extraño a nadie, ni siento apego por nadie. Nadie me interesa. Todo eso, la desolación, el tu-

multo emocional sólo lo siento por medio del arte, la pintura, la música, la literatura”. ¿Síndrome de una sensibilidad extrema?

El pintor detesta la vejez, el deterioro. Se ha negado a permitirme que le haga una entrevista filmada, a que le tome fotos. Se enoja conmigo, ¿por qué insisto tanto en fotografiar a un viejito que es igual a todos los viejitos? No quiere que nadie lo vea así, después de que sus amigos le adjudicaron tantos años un gran parecido con Marlon Brando, en *El último tango en París*. “Mira mi pintura, sólo eso, ese soy yo, no me mires a mí”. No entiende por qué la gente quiere vivir mucho, vivir cada vez más, cuando él no ve la necesidad de estirar “esa porquería”. Sin embargo, no se quitaría la vida, afirma. A menos de que fuera una circunstancia como la de Freud quien hizo un pacto con un amigo médico. Tenía un cáncer en el paladar, él le llamaba el “monstruo”. Acudió a su amigo cuando el dolor se hizo insoportable para que él le administrara una inyección letal. Los monstruos... Los que me rodean aquí, los que surgen de la imaginación de Schmill y parecen llegar solos a la tela.

Su pasión es tan lejana que el pintor no puede recordar una fecha. Sus padres lo arrastraban a la escuela en donde debía aprender cosas inútiles cuando él sólo deseaba pintar. Como fuera, con lo que fuera, hasta con la pasta de dientes si no había otra cosa, cuando secaba no resultaba tan mala después de todo, se transformaba en un empaste aceptable. De naturaleza rebelde, nunca aceptó que nadie lo controlara. Fue un niño solitario; su juventud, en manos de su abuela, demasiado corta. A los 14 años fue a dar a una correccional porque nunca estudiaba “y los rajones del Instituto México me acusaron de no cantar el himno, de no rezar jamás el Padre Nuestro”. Su estancia en la correccional sólo sirvió de práctica intensiva: los muchachos hacían cola para que él les hiciera sus retratos. Desde entonces Schmill evita a los curas y a los policías.

José Manuel no es un pintor exitoso y millonario, vive “más o menos” de los cuadros que los coleccionistas han ido a comprarle a su casa, tiene un departamento que fue pagando con su beca Guggenheim, “si no estaría en la calle pidiendo limosna”. A pesar de haber expuesto en Bellas Artes, en el Museo de Arte Moderno de París, en el MoMa o en el mismo Guggenheim, siente que su pintura no es valorada o apreciada, ni en México, ni en el extranjero. A pesar de las exposiciones que le organizó Jorge Carpizo, uno de sus grandes admiradores, en San Francisco, San Diego, San Antonio, con unos 80 cuadros de paisajes, momias, monstruos, desnudos... Le tiene especial afecto a su primera exposición, en 1956, en la Sala Velázquez, porque la fue a ver su maestro José Bardasano, aunque era un español “muy soez” y peleaban a menudo. Tanto que Angelina Grosso, talentosa pintora de bodegones y también alumna del

pintor figurativo, llegó a decir que no podía haber dos soles en la misma constelación. Pronto Schmill se sintió mejor que su maestro, “porque él pintaba la cara de su hija Maruca en todos los retratos”. Bardasano lo corrió de su clase al cabo de un año y medio, y el aprendiz escribió un artículo en donde dijo que los cuadros de Bardasano eran como los grillos de un eunuco que debía pertenecer a la liga de la decencia. Antes que él, José Manuel tuvo otro maestro que se suicidó, José Antonio Grana. “Hizo bien, porque era muy bruto”, dice sin ambages. Fue él quien lo llevó con Bardasano cuando ya no podía enseñarle nada más. Luego Schmill se dedicó a aprender solo, libre de toda autoridad, a través de la contemplación de los grandes cuadros de John Sargent, Abram Arjípov, James Whistler y Max Liebermann. Y Enzo, quien lo ha influido notablemente.

Pinta lo que lo aterroriza: la enfermedad, la deformidad, la descomposición, la muerte. “Como alguien que se avienta al agua fría sin pensarlo, yo me aviento al horror”. A la gente le fascina el horror, asegura José Manuel. La idea de Frankenstein le encanta, siempre le ha parecido de lo más interesante. Pero se nos ha olvidado que está hecho de pedazos de cadáver. Se ha desvirtuado al personaje, se hacen películas estúpidas con él, se le ha caricaturizado, “llega un momento en que el horror te provoca risa, y eso es terrible”. Se hacen 20 películas de Drácula y en todas tiene colmillos ridículos, “no como mi favorito, el de Christopher Lee, que encarna la esencia del vampiro”. Sí, “hoy vivimos en un tsunami de porquería”. Hay sin duda en la obra de Schmill un respeto al miedo y al esfuerzo. “¿Acaso el arte es babear frente a cuatro ruedas viejas de bicicleta pegadas juntas como si fuera la gran obra?”, se pregunta el pintor.

Miro con detenimiento la decoración de su estudio. Una araña en formol, un murciélago encerrado en un frasco, esqueletos articulados de fetos, una colección de escarabajos, cráneos de antílopes, que nunca fue a cazar y que le han obsequiado. Esculturas de simios, cromañones y neandertales, de los cuales ha hecho varios cuadros que han gustado mucho. Varias cabezas de muñecas de cera que le sirven de modelo, un regalo de Miguel Bueno cuando expuso en Bellas Artes en 1960. Le pregunto por los fetos en formol, un cíclope y uno de dos cabezas que solían impresionarme tanto. Afirma que se los regaló a Pablo Guiza cuando le hizo una entrevista para la revista *Mórbido*. Una amplia colección de películas de terror en formato beta, unas manos de cera, un feto de vaca hidrocefala cuya taxidermia ha resistido al paso de los años, y por supuesto, telas, telas por todos lados. ¿Prefiere Schmill plasmar la belleza o la monstruosidad? La belleza, por supuesto, porque le cuesta más trabajo. La belleza de la monstruosidad me atrevo a pensar, mientras una momia de aspecto infernal me arroja hasta la escalera del edificio.